

Cuestión importante

El precio del pan

Continuando las consideraciones expuestas en nuestro editorial de ayer, calcúlese cual será el estado de nuestros jornaleros; aún suponiéndoles un salario de una peseta cincuenta céntimos; no tienen para pan dado el precio actual de este artículo.

Decíamos en días pasados, que la desaparición del derecho de las harinas, en nada había favorecido al público y esta nuestra opinión, la hemos visto muchas veces confirmada estudiando el problema de la subsistencia en todas partes.

Por lo que á Lorca respecta, díjose á raíz de la supresión del mencionado impuesto, que no se bajaba el precio del pan porque, teniendo nuestros panaderos grandes existencias de harinas que habían satisfecho el adeudo á consumos, no podían vender el pan producido por ellas más barato que hasta entonces, pues la pérdida era segura. Pero pasó el tiempo, consumiéronse aquellas harinas, adquirióse nuevo trigo, y el pan continuó á lo mismo; avanzó el invierno y los trigos fueron lentamente adquiriendo precio, y el pan subiendo por consiguiente, pues era natural que el panadero buscara su ganancia; llegó un momento, en que los fabricantes de harinas veíanse apurados para adquirir trigos, y entonces, nuestros agricultores capitalistas, echaron las llaves á sus graneros acariciando la ilusión de venderlo á más alto precio del que por entonces se cotizaba, y cuyo precio era el de quince pesetas setenta y cinco céntimos fanega juna friolera! Tales acontecimientos ocurrían por el mes de Enero próximo pasado, y gracias á la traida de trigos extranjeros que nuestros panaderos mezclaban con el del país, vendido en pequeñas cantidades por los que necesitaban dinero para agua—que ya empezaba á escasear—sostúvose el precio indicado con gran disgusto de los capitalistas que esperaban venderlo á veinte pesetas fanega.

Por entonces llegó el pan al precio de 33 céntimos de peseta el ki-

lógramo, y la harina á cinco pesetas la arroba, precios realmente altos, pero en relación con los sesenta y tres reales que importaba la fanega de trigo, pues el panadero tenía que buscar su natural ganancia.

Entró la primavera con su tiempo seco y desesperante, agostando nuestros campos, y los panaderos sostuvieron valientemente el precio del pan, que, como la escasez de trabajo era espantosa, cada día se hacía más imposible su adquisición para nuestros jornaleros que se morían de hambre.

El tiempo cambió al fin, aguas torrenciales vinieron á enmendar la cosecha mejorándola notablemente y entonces, con la venta del trigo del país á mucho del cual hubo que darle salida, juntóse la entrada de una gran parte de trigo de fuera y el precio viene descendiendo desde hace cerca de dos meses hasta el punto de cotizarse á 52 ó 53 reales fanega; es decir, de dos veinticinco á dos cincuenta pesetas menos que cuando el pan ascendió á treinta y tres céntimos de peseta el kilogramo.

El argumento que todo el mundo se hace, es bien sencillo; si cuando más caro costó el trigo el pan subió hasta alcanzar el precio que hoy tiene, ¿qué causa impide desde hace más de un mes que ese precio no baje, estando el trigo de nueve á diez reales por fanega más barato?

Bastó siempre á los panaderos el aumento de media peseta en el grano, para que ellos subiesen uno ó dos céntimos en el kilogramo del pan; descendiend aquél nueve ó diez reales y... ¡como sinó! el pan continúa á lo mismo.

De tales cosas no se percatan las autoridades; no fijan su atención en que no hay motivo ni razón alguna para que un artículo, no ya de primera necesidad, sino imprescindible como ese lo es, esté al precio exorbitante que se vende, alejándolo cada vez más de la mano del infeliz que apenas gana cuatro ó seis reales de jornal, si los gana; y nuestros panaderos, en vista de que na-

die se preocupa de esa clase infeliz de nuestra sociedad por todos explotada, puesto que jamás ve remunerado su trabajo, siguen impávidos sosteniendo ese precio absurdo á todas luces.

De justicia es, señores panaderos que el pan descienda del alto pedestal á donde fué subido, pues si entonces podían ustedes alegar una razón convincente para elevarlo, hoy el argumento se les vuelve en contra.

Demuestren que amantes son de la justicia, procediendo justamente.

Lo demás, se separa un poco de esos alardes de rectitud de que algunos de los susodichos industriales hacen gala.

LOS TRES CAJONCITOS

Con gesto resuelto, como de persona que suceda lo que quiera, no ha de cambiar de voluntad, la condesa Adelina designó el mueble japonés de tres cajoncitos, una miniatura de laca rosada con fiétes de oro que despedía sueves destellos al reflejar la claridad de las lámparas de incandescencia, y dijo gravemente:

—¡Alrid uno de esos tres cajoncitos, y procurad escoger bien, Valentín, pues en cada uno de ellos he escondido una respuesta al ruego que no cesais de dirigirme seis meses há! Si ponéis la mano en la respuesta amable, en la que dice ¡sí!, preciso será que consienta en no rechazaros. Pero temed encontrar una de las respuestas desagradables. ¡No me veríais más entonces!

—¡Menguada suerte la mía!—exclamó Valentín lanzando un hondo suspiro.—¡Tengo dos probabilidades contra una! Pero ¿cómo habéis concebido tan cruel capricho, hermosa mía?

—Porque si he de acceder á vuestros deseos—contestó sonriendo Adelina,—al menos tendré el consuelo de poder acusar al azar de la falta que cometí.

Perplejo ante el artístico mueble Valentín, tardaba en decidirse.

Su mano temblorosa vagaba de uno á otro cajoncito sin atreverse á tirar del anillo de oro y oprimíale

fuertemente el corazón el temor de una elección aciaga.

Aventuróse, por fin, cerrando los ojos y encomendándose á la divina misericordia de las providencias...

¡Oh, dicha infinita!

La respuesta—una hoja de papel verde brillante que desdobló velozmente—contenía la adorable frase ¡Sí!

Entusiasmado, ébrio de feiicidad, el joven tomó entre sus brazos á la bella condesa.

Sin embargo, Valentín no estaba del todo satisfecho.

El entusiasmo no fué suficientemente poderoso para apartar de su frente y de sus ojos cierta importuna nube de tristeza.

—¡Oh!—exclamó la condesa en extremo sorprendida.—¿Qué te falta todavía, y de qué puedes quejarte, dí, ingrato?

—¡Tengo una desazón!—murmuró con pesar Valentín.

—¡Tú! ¿A mi lado? ¿Cuál?

—Tú me amas por azar... no por propia voluntad.

Y volvió á quedar pensativo.

Adelina entonces, terminando con un beso la más argentina de las carcajadas, respondió al galán contrito:

—¡Tonto! La misma respuesta había en los tres cajoncitos!

NOTICIAS

Los vecinos de la Ramblilla de San Lázaro, están haciendo una suscripción para continuar la alcantarilla de dicha calle hasta la almazara de Bisso.

Mañana nos ocuparemos de este asunto.

AVISO

En la plaza de abastos, véndese el kilo de pan á 30 céntimos; lo que participamos á los consumidores que lo compran á 33 céntimos.

Y el urinario de la Alberca en pie y en seco; y despidiendo un perfume inaguantable.

¿En qué se parecen nuestras autoridades á un urinario?

En lo inaguantables.

A pesar del excesivo calor que reina, aún no ha dispuesto el Sr. Alcalde se le dé morcilla á los perros.

Y á propósito, ¿por qué en lugar de la morcilla no se cogen con lazo, evitando un espectáculo que debe desaparecer?